

EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

DIARIO CATÓLICO, APOSTÓLICO, ROMANO.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN.—En Madrid: 12 rs. al mes.—En Provincias: 20 rs. al mes y 60 por trimestres en casa de los comisionados, y 19 rs. al mes y 54 trimestre en la administración.—En el Extranjero: 30 rs. trimestre.—En Ultramar: 30 rs. trimestre.—La administración no responde de los sellos que se le remitan en carta sin certificar.

PUNTOS DE SUSCRICIÓN.—Madrid: En la Administración, calle de Silva, núm. 49, entresuelo, y en las librerías de la Publicidad, Olamendi, López, Bayla-Bailliere, Cuesta y Lizcano.—Provincias: En los puntos que se anuncian el último día de cada mes.

PARTE EXTRANJERA.

Dos diarios franceses, ambos hostiles, a la Santa Sede, la *Patrie* y el *Journal des Débats*, hablan de una alocución dirigida por el Padre Santo a la consulta de Hacienda que fué a prefección sus felicitaciones y homenajes la víspera de la Navidad. Las versiones de ambos diarios son idénticas en el fondo, lo cual hace suponer que proceden de una misma fuente. Preferimos, sin embargo, por más sencilla y clara la de la *Patrie*, que dice así:

«El Santo Pontífice, ha dicho que Francia empleaba sus buenos oficios para conseguir del Gobierno italiano que hiciera efectiva en las Cajas del Erario Pontificio una cantidad suficiente para pagar la parte de la Deuda, que podía considerarse afectada a las provincias pontificias que hoy están bajo el poder del Rey de Italia.

Leyó después una carta que con este motivo ha escrito al Emperador Napoleón, una carta cuya contestación espera. Declara el Papa en dicha carta que no rehúsa, bajo el concepto de restitución, una cantidad de dinero destinada a pagar los intereses de la Deuda pública, pero que no quería entrar en tratos con el Gobierno de Florencia para fijar el tanto de dicha suma. Añade que, el aceptar la proposición de Francia, no implicaría el reconocimiento del Convenio franco-italiano, ni por ello renuncia directa ni indirectamente a los derechos de la Santa Sede sobre las provincias anexionadas al reino de Italia, ni reconoce, por consiguiente, los hechos consumados.

No nos consta, y aun tenemos motivos para abrigar alguna duda sobre la autenticidad de esta alocución y de la carta que alude a la *Patrie*. Lo que sí sabemos es que desde el principio de Diciembre último existen negociaciones entre la corte de Roma y el Gobierno francés, con el objeto de que el de Florencia pague a los acreedores del Gobierno Pontificio, y sin intervención alguna de este, los intereses de la Deuda que puede considerarse como afectada a las provincias usurpadas a la Santa Sede. El Gobierno del Papa no quiere absolutamente entenderse para nada con el de Víctor Manuel, ni quiere dar lugar a que por nadie se crea que directa o indirectamente recoce los iniqueos hechos que lo han despojado de parte de sus sagrados dominios, ni que cede en lo más mínimo de la justa severidad con que los tiene condenados. El Papa, ya lo hemos dicho en otra ocasión, se muestra enteramente pasivo con este asunto, limitándose a recibir por vía de restitución el pago de los intereses de la Deuda.

Pero lo curioso del caso, es que si estas tentativas, cuya iniciativa parte de Napoleón, no han tenido éxito hasta ahora, consiste en la resistencia que oponen el banquero Rotschild y los demás acreedores de la Santa Sede, por la desconfianza que abrigan respecto de la solvencia del reino llamado de Italia. Tal es el crédito de la Italia regenerada! Así es, que exigen la garantía de la Francia, y sobre todo, que la deuda continúe llamándose pontificia y no italiana. Hasta los mismos judíos reconocen, además de la religiosidad del Gobierno de la Santa Sede, en satisfacer sus obligaciones, la

firmeza del poder temporal que la revolución cree estar viendo por tierra.

TELEGRAMAS.

PARIS, 11. En la Bolsa de hoy quedaban: el 3 por 100 interior español, a 60 0/0; el exterior, a 60 0/0; la diferida, a 33 0/0; la amortizable, a 60 0/0; el 3 por 100 francés, a 68-25 1/2; y el 4 1/2, a 97-00.

LONDRES, 11.

Los consolidados ingleses quedaban: de 90.

De Florencia con fecha 6 de Enero escriben a El León Español:

FLORENCIA, 6 de Enero.

El general presidente del Consejo ha tenido una entrevista con algunos jefes de la oposición que están ya de vuelta.

No ha pasado todo como lo hubiera querido. No puede dudar de la hostilidad sistemática que ha de encontrar en el Parlamento. ¿Qué resolución tomará? Si volvemos los ojos hacia la estrella polar de nuestra política, hacia las Tullerías, vemos al Emperador en el día 4.º del año hablar detenidamente con M. Nigra. Todo el mundo ha podido observar su cordialidad; se ha comprendido que el Emperador decía al ministro de Italia que esta debía, para salir de su embrollo, poner en ejecución una política en grande escala, y en este caso podía contar con el concurso de la Francia.

Esta gran política, será del género de la del 18 Brumario, 6 del 2 de Diciembre?

Probablemente no, puesto que el general no la asegura por medio de su periódico, que dice: «No se ha tomado un partido, la política del ministerio se discutirá gravemente; los proyectos de ley serán examinados con gran detención.

Así se formará la mayoría, y estamos seguros que tomará por signo de alianza los grandes principios de libertad y de sabiduría política, gracias a los cuales Italia ha llegado a ser una nación.

Así sea; pero podrá unirse la Cámara a un presidente del Consejo que en la sesión de 29 de Diciembre, tenía 197 votos contra sí y un solo voto en su favor? Este es un dato; estas son cifras que conviene no olvidar.

Se habla de condiciones que se negocian entre Florencia y París, y que se unirán al convenio del 15 de Setiembre. Tal vez es esto lo que escandalizó a M. Lanza y le hizo renunciar al ministerio.

Nuestra correspondencia de Roma dice que la impresión producida por el discurso del Papa a los oficiales franceses ha sido muy viva. El Papa ha insistido al parecer, más que el telegrama nos lo anunciaba, en la semejanza de su situación con la de Jesús en el huerto de las Olivas. Ha hablado de abandono y de traición, sin nombrar no obstante a Judas, aunque el rumor sobre quién sea esta ha corrido en Roma.

El asunto de la Deuda Pontificia nos ha sido revelado en parte por el Prelado doméstico monseñor Nardi, en una de sus cartas.

He aquí lo que dice a propósito de la recepción de la consulta de Estado:

«Francia habrá ofrecido su interposición para que el Gobierno de Florencia pague una buena parte de la Deuda pontificia. La Santa Sede ha creído no deber rechazar esta oferta; declarando siempre que no quería trazar de este asunto con el Gobierno del Rey Víctor Manuel, y que se entendería el acta que tuviese por objeto reconocer el famoso convenio y la usurpación de las provincias pontificias.

Napoleón enviaría el dinero al Papa, haciéndose reembolso por el Gobierno italiano; pero cómo podrá

este Gobierno encontrar los millones que tiene que dar a la Santa Sede?

Napoleón pensará en ello; si él se encarga de pagar, no dejará de garantizarse, y acaso ocupará como fianza alguna otra parte del territorio italiano.

Esta es una idea exclusiva de Mr. Nardi. En cuanto a nuestras dificultades financieras, se han discutido mucho durante la crisis. Entre los medios propuestos por diversos hombres de Estado, el más importante es el de Mr. Sarraco. Según este, la bancarrota es inevitable, y quería arrojar el cargamento al mar para salvar la nave. Es decir, hacer una media bancarrota. Por lo tanto, proponía reducir la deuda pública un 40 por 100. Los 248 millones de intereses se reducirían así considerablemente.

Pero Rothschild es nuestro acreedor por más de 400 millones de rentas. No tengo necesidad de decir que esta es una elevada personalidad, la que ha intimidado al Consejo.

Debe llegar muy pronto a Florencia una embajada para anunciar al Rey de Italia el advenimiento al Trono del Rey de los belgas.

EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

MADRID, 12 DE ENERO DE 1866.

LOS SOFISTAS, Y LOS REVOLUCIONARIOS. COMPARADOS CON LAS SERPIENTES.

Artículo 4.º

No podemos menos de seguir todavía a Enrique Lasserre en sus descripciones y analogías; ¡son tan admirables y contienen tanta y tan pura enseñanza debajo de su forma pintoresca! ¿Quién hubiera creído ver pintados en los cuadros donde la historia natural encierra a los reptiles, a los ofidios de dos pies que libremente se mueven en la ciudad moderna sin que se estremezca la gente, como indudablemente se estremecería si viese circular por calles y plazas las víboras y culebras de cascabel, animales inocentes si se comparan con los sofistas y revolucionarios! Pero volvamos al texto de nuestro autor.

La lengua de las serpientes simboliza la duplicidad de los sofistas, que no se limita ciertamente a sus palabras, sino a todas sus cosas. Doble es, en efecto, además de su lenguaje, el punto de que parten; doble su política de dos filos, no menos enemiga de la libertad que de la autoridad, y su filosofía de doble vesícula, tan funesta para los soberanos como para los pueblos, y doble su avidez sin igual, que sabe vivir con partidos diferentes.

Las serpientes tienen dos mandíbulas articuladas de suerte que pueden moverse independientemente una de otra. ¿Quién no ve en esto a esos demagogos aristocráticos, que juntan a la populacheria de Marat el lujo y las costumbres de Sardanápalo; a aquellos otros traidores que venden a todos los partidos uno por uno y los engañan a todos comiendo entre tanto a los dos carrillos?

En tanto que los dientes de uno de ellos muerden los lados están clavados en la presa, los del otro lado se avanzan y desgarran esta misma presa, empujándola hacia el tragadero, y la sujetan y retienen a su vez, mientras los de

la parte opuesta vuelven a ejecutar la misma operación. De esta suerte los reptiles se llegan a tragar aun los animales de grande corpulencia. (Lacépède, *Hist. nat. des Serps.*)

Ni Homero, ni el Dante, ni Shakespeare, imaginaron ni pudieron nunca imaginar un símbolo más acabado de los dos poderes destructores de que se sirva sucesivamente el genio del mal para acabar con toda sociedad que está en punto de espirar.

Prepara tuucha, dice el sofista, pues acabo de morder en la sociedad que cierto no se librará de nuestros manos.

Dichas estas palabras pasa un momento. Acabo de derramar torrentes de sangre, contesta la revolución; ahora te toca a tí; en tanto que yo descanso y limpio mi instrumento. Inocula tus doctrinas, tus mentiras; por todos los poros de la sociedad; que penetren hasta los mismos centros de la vida. Ellas son más terribles que los filos de mi acero.

¡Aduladora exclama en medio de una sonrisa espantosa la cruel hiera de dientes que representa a los sofistas; y una nueva efusión de veneno cae sobre la sociedad que en esto da un grito de dolor; se revuelve contra sí misma y expira triturada sucesivamente por las dos mandíbulas del monstruo horrible.

Conviene todos los naturalistas en asegurar que después de haber devorado su presa los reptiles se echan a dormir y quedan como atargados; en cuyo estado no oponen resistencia alguna a los que las aprehenden.

Cuando un pueblo de revolucionarios se ha repastado de carne y sangre, cae en un estado de torpe abatimiento, durante el cual deja que le quite la libertad el primero que tiene valor y habilidad para quitársela. Sila, Cromwell, y otros varios han tenido ocasión de hacer en este punto la misma observación que el huano de Lacépède.

Tal es el símbolo común de este célebre fenómeno; el símbolo particular que presenta en casos determinados es no menos curioso e inasible. ¿Queréis ver cómo se queda dormido de repente aquel feroz revolucionario que asusta al poder con su amenazadora mirada? ¿Cómo se acaban en un punto las uellitas, revueltas, enredadas, salidas, perfrasis, antifrasis, peroratas y discursos de aquel sofista? Pues ved de saciar su apetito. A este hombre que se está desvaneciendo con su charla anti-aristocrática, hacédlo marqués. Aquel demagogo que truena contra los desiguales, dadle un plebeico. Vereis que pronto callan y se domestican estos feroes Argos; como se vuelven inmóviles los insectos agitados. El monstruo digiere. Aun mucho antes, que de principio la digestión produjera el efecto; le basta con haber cogido el turrón.

«Casi todos los reptiles, dice Daudin, tienen los ojos salientes, y los mueven con mucha facilidad; pero cuando tragan alguna cosa encierranlos completamente dentro de su órbita.»

Esta experiencia comprobada en todos los climas y latitudes, fué elevada a principio por

el naturalista Luis Felipe (1); más, porque no tuvo con que saciar el apetito de toda la raza; acabó por ser mordido de algunos reptiles que estaban en ayunas.

Acaso no sea cierto decir que estaban en ayunas. El procedimiento que me refiero apaga por instantes, pero no sacia enteramente la avidez de los sofistas, la cual renace siempre con nuevas y más terribles formas. «Su vientre, dice Daudin, se dilata según va engulléndose la presa; y cuando ha terminado la digestión, añade Lacépède, recobran una acción tanto más poderosa, cuanto más se han renovado sus fuerzas; y a poco que en tal estado sientan el aguijón del hambre, ambisten con mayor furia a los animales más dóciles o peor armados que ellos.»

Lo que trae desalumbados a los Gobiernos es que en proporción a la cantidad de lo que se come, es el tiempo que dura la digestión. Si el Soberano referido hubiese tenido por ministros en lugar de profesores de la sorbona profesores del jardín botánico, no hubiera caído, porque estos le habrían enseñado que la política de concesiones conduce al abismo de la perdición a todos los que procuran domesticar las serpientes y amansar a los revolucionarios.

Es también muy digna de ser observada la manera como los reptiles devoran su presa: «La cabeza, dice Lacépède, es lo primero que meten en su boca...» Esto quiere decir que para trastornar las cosas comienzan por la idea; que para acabar con las instituciones tradicionales atacan lo primero las doctrinas que se descomponen; que para corromper las costumbres procuran ofender a la Religión. Comienzan, dice Lacépède, por la cabeza de su presa.

Y continúa este naturalista: «Esta presa es brenla de saliva para engullirla, más fácilmente...» Si ellos escupen a sus víctimas antes de inmolárlas, deshonrándolas antes de quitarles la vida; el insulto es antes que el hacha; Voltaire antes que Marat.

«Cuando el animal que quieren comerse es muy grande suelen emplear en esto mucho tiempo. Los reptiles ocupados en esta obra presentan un aspecto repugnante. Aspecto casi idéntico al que presenta la sociedad minada por la revolución antes y después de la revolución, cuando se hallaba a punto de ser despojada del régimen antiguo. «El veneno, dicen los naturalistas, es útil sobremanera para la digestión de las serpientes; hace un oficio semejante al de la coctura de nuestros manjares; pero así como a nosotros se nos hace difícil digerir la carne cruda, así para las serpientes es muy difícil disolver su presa en el estómago sin la acción del veneno.» Así se explica, en la época a que aludimos, aquel desbordamiento inaudito de embustes y calumnias, aquel torrente monstruoso de sofismas y doctrinas empozoñadas con que se procuraba justificar tantos crímenes y concusiones. Había necesidad de todo este veneno para no vomitar los bienes nacionales devorados. La digestión, empero, fué pesada. Presa.

(1) En otras partes se ha ensayado también N. de la R. el P.

granaderos, y desde la ventana del tercer piso del palacio Cirella salieron otros tiros dirigidos a la columna que estaba formada en masa. Al oír los tiros, las tropas furiosas no pudieron ya contenerse, apuntaron los fusiles a la barricada y en un instante atronaron la plaza y el palacio de mil disparos. Los oficiales que se hallaban dispersos, al oírlo, corrieron inmediatamente a sus banderas; los generales que se hallaban debajo del pórtico de palacio saltaron a la plaza y se arrojaron a las filas para contener el ímpetu de los soldados; pero fué en vano; porque volviendo estos a cargar sus fusiles, echaron otra descarga, cerrada y luego se formaron en columna para emprender el ataque. El ánimo del Rey, al oír las desahargas, vióse sobrecogido de mil afectos de lástima y de horror. ¡Dios mío! exclamó, ¡he ahí sangre! ¡Vos sois testigo de todos mis esfuerzos por evitar este trágico! ¡Ojalá que la sangre que se derrama de los ciudadanos caiga sobre la cabeza de los que están sedientos de ella y que han provocado su efusión! ¡Dios mío, defender una causa justa, y compadecerse de la ciudad y del reino!

Dios le oyó y atendió a sus paternales súplicas y a sus deseos de hermano y de amigo de sus pueblos. La impiedad y la perfidia temblaron, y valiéndose de los medios más iníquos trataron de arrojar delante de toda Europa sobre el Monarca la culpa y el éxito de aquella tremenda jornada; pero la jornada se disipa ante los rayos de la verdad. El

Rey había ya cedido a las exigencias de los conspiradores casi todas las prerrogativas de la Corona; pero estos querían que les cediese hasta su conciencia. No obstante, la conciencia es más que el reino, y no se cede a Dios, que la ha dado lo mismo al Monarca que al más ínfimo vasallo.

Los conjurados querían, saquear, y tuvieron sangre; tal y tanta, que en ella se ahogaron y cayeron en el torbellino de la muerte.

Habían empleado toda la noche en poner barreras en las calles, en fortificar las casas, a modo de ciudadela, y para poder combatir desde las ventanas y balcones, como detrás de los parapetos y aspilleras de un fuerte. Todas las persianas y postigos estaban cerrados y agujerados formando troneras; en los parapetos había colchones en que se amortiguase la fuerza de las balas, y en los antepechos pusieron colchas arrolladas, sacos de arena y almohadas. Si, como se ve en las grandes ciudades, sucedía que en una casa o palacio de muchos pisos, viviese en ellos gente honrada y pacífica, los revoltosos pedían que les dejasen salir a las ventanas para poder disparar desde aquel sitio; y si se les negaba, las invadían a la fuerza, derribando puertas y destruyéndolo todo; así fué, que muchos abandonaron sus viviendas para refugiarse en casa de sus amigos o parientes de otros barrios, dejando los muebles, adornos y demás de merced de los amotinados, quienes después que fueron vencidos y derrotados, por las tropas reales, las acusaron de

embistió el mural de San Fernando. Acudieron al tren de artillería con sus piezas, y empezó un combate reñidísimo y cruel. Desde el frente de la barricada tiraban las balas sobre los que atacaban; pues les tiraban de todos lados y de las ventanas. Entonces el mariscal Isantella, y los generales Selva y Nizante y Carrasco, viendo aquel granizo de balas que salían de todas las ventanas del palacio que da frente a San Fernando, mandaron a los gastadores de la guardia que derribasen la puerta principal de la calle; y lográndolo, lo hizo atacar por el regimiento de Marina, el cual en un instante ocupó las ventanas y terrados para contrarrestar a los que hacían fuego desde las ventanas y terrados en frente. Pero habiéndose apoderado a más los granaderos del palacio de la Foresta, protegieron el lado izquierdo de la columna, de los tiros que salían del palacio Cirella y de las grandes ventanas de la iglesia de San Fernando.

Habiendo acudido el primer regimiento de Suizos, se arrojó de frente a la barricada, y replególos por los flancos; y metralla haciendo un fuego terrible a los parapetos y a las esquinas de las casas; desde donde hacían un fuego incesante y obstinadísimo, y las cuales se agrietaban y bambolearon. Hasta la artillería del palacio real disparaba a los pisos altos de las casas circunvecinas, desde las que habían ya herido al general Enrique Stotella.

«En otros puntos se ha ensayado también N. de la R. el P.

«En otros puntos se ha ensayado también N. de la R. el P.

guntárselo si no a los sucesores de los que se hicieron ricos con ellos en poco tiempo.

SEDCION MILITAR.

MINISTERIO DE LA GUERRA.

Pronunciados los rebeldes en fuga hacia Portugal con una fatigosa jornada de 10 leguas, son perseguidos por la division del general Echagüe en todo el curso del Tajo en su margen izquierda y flanqueados por las fuerzas del general Zavala en la prolongacion del Guadiana.

El gobernador militar de Toledo participa que se le ha presentado el soldado del regimiento sublevado de Bailen Francisco Gomez Arias, manifestándole que los insurrectos iban perdiendo caballos y alguna gente, y que la mayor parte de ellos no se presentaban en el tránsito porque se les espiaba y vigilaba mucho.

El general que manda la division de operaciones de Despeñaperros participa que el coronel Anca con ocho compañías de cazadores había hecho un reconocimiento ayer por la mañana sobre Almuradiel, retirándose después sin haber observado novedad alguna.

Los capitanes generales de Cataluña, Aragón, Valencia, Navarra, Sevilla, Castilla la Vieja y demas distritos dan parte de que reina el orden más completo, y que los esfuerzos hechos por los revoltosos para alterarlo son impotentes.

Ayer se fijó en las esquinas de Madrid el siguiente bando de la autoridad militar del distrito:

«D. Isidoro de Hoyos, marqués de Zorzoza, teniente general y capitán general del distrito de Castilla la Nueva, etc., etc.,

Algunos, aunque pocos, estudiantes de la Universidad, han dado ayer gritos subversivos en varias calles de la capital. Afortunadamente a las primeras intimaciones de los agentes de la autoridad se han retirado; pero como sucesos de esta especie alteran siempre la tranquilidad de los ánimos y pueden alentar a los hombres malévols que explian la ocasion de perturbar el orden público, queriendo evitar a los jóvenes incautos las consecuencias que una imprudencia puede traerles, hallándose el distrito en estado de sitio,

Ordeno y mando:

Todo grupo que diese gritos subversivos, o perturbase de cualquier modo la tranquilidad del vecindario será inmediatamente disuelto por la fuerza pública haciendo uso de las armas.

Madrid 11 de Enero de 1866.—Isidoro Hoyos.

Tenemos a la vista el correo de Cataluña con periódicos del 10, en los cuales encontramos estos documentos:

BANDO.

«D. Fernando Cotoner y Chacon, capitán general del principado de Cataluña, etc., etc.,

No habiendo bastado las excitaciones de la autoridad civil a evitar la formación de grupos, por cuya razon he creído estar en el caso de resignar el mando; como quiera que tenga noticias de que se procura mantener la excitacion en esta capital, perjudicando al comercio, a la industria, a la propiedad y al sosiego de las familias, como medida preventiva y a fin de poder asegurar tan altos intereses, y usando de las facultades extraordinarias de que por el Gobierno de su majestad me hallo investido y de las demas que las leyes me conceden, ordeno y mando lo siguiente:

Artículo 1.º Se declara en estado de guerra el territorio de las cuatro provincias de Cataluña, por el tiempo que estime necesario.

Art. 2.º Los que desde la publicación de este bando incurran directa o indirectamente en los delitos de rebelion o sedicion o tomen parte en concepto de cómplices o auxiliares, serán juzgados militarmente por el consejo de guerra, en la forma que establece la ley de 17 de Abril de 1821, y se les impondrán las penas que señalan las leyes.

Art. 3.º Las autoridades todas, así gubernativas como judiciales, me prestarán la debida cooperacion para el cumplimiento de este BANDO, lo propio que a los gobernadores militares de las provincias respectivas; y continuarán en el libre ejercicio de sus funciones a excepcion de las que por el mismo se ceantan y reasumen.

4.º Me reservo hacer uso en su caso de las demas facultades que la real instruccion de 25 de Junio de 1855 me confiere, si las circunstancias lo exigen.

Art. 5.º Para que lo mandado llegue a conocimiento de todos; publíquese este BANDO y fíjese en la forma acostumbrada.

Barcelona, 9 de Enero de 1866.—Fernando Cotoner.

El señor gobernador civil ha publicado la siguiente alocucion:

«Barceloneses: No habiendo bastado mis excitaciones a separar del camino de la perturbacion a los mal avenidos con la tranquilidad pública, con objeto de evitar que sea nuevamente desoñada mi autoridad, con perjuicio de los intereses sociales, he declinado el mando en la autoridad militar.

Al dar este paso cumplo aconsejar de nuevo a los que se empeñan en salirse del sendero de la ley, que vuelvan a sus tareas ordinarias, a fin de que a la mayor brevedad pueda recobrar mi autoridad protectora, y puedan funcionar de nuevo, con entera libertad, los tribunales de justicia, verdadera y legítima garantía de todos los derechos, suspensos hoy por virtud de las circunstancias.

Barceloneses: oíd la voz de la autoridad, desatended las excitaciones de los que comprometen vuestros intereses y la paz de las familias, que así dareis un testimonio más de vuestra grandeza y vuestras virtudes cívicas.

Barcelona, 9 de Enero de 1866.—El gobernador, Antonio Hurtado.

Escritura de Badajoz:

«Esta capital está completamente tranquila. El espíritu de sus habitantes ha sido siempre de los más pacíficos. Las autoridades superiores de la provincia parecen que velan incesantemente.

El general D. Carlos Latorre, detenido en esta capital el día 3, se encuentra en clase de tal, en la capitania general de este distrito.

Ayer tuvo lugar en el Congreso la discusion acerca del acta del Sr. Sanchez Asso, diputado electo por la provincia de Navarra. En el extracto de la sesion se encontrarán íntegros los discursos que con este motivo pronunciaron los Sres. Lasala, Cláros y el interesado.

La discusion versó sobre si el diputado por Navarra, que al ser elegido era alcalde en Tudela, según la ley estaba por este hecho incapacitado para el primer cargo.

El dictamen de la comision proponía la admision del Sr. Sanchez Asso, pero el Sr. Romero Robledo, individuo de la misma, se levantó a impugnarlo de una manera indirecta.

Nada diremos del discurso del Sr. Cláros, porque nuestros lectores le conocen ya bastante por sus brillantes discursos en la última legislatura. El Sr. Sanchez, desconocido hasta ayer en la esfera parlamentaria, fué oído con agrado hasta por nuestros adversarios; captándose las simpatías de todos los asistentes por la sencillez y franqueza de carácter que demostró desde las primeras frases de su discurso, fácil y enérgico, a pesar de ser improvisado y de ser la primera vez que hablaba en el Congreso.

No repetiremos aquí las poderosas razones que adujeron los Sres. Sanchez Asso y Cláros para demostrar que el primero no puede menos de ser admitido como diputado. Nuestros lectores las encontrarán en sus discursos íntegros y comprenderán todo su valor sin que nosotros los hagamos notar. Pero sí cumpliremos a nuestro propósito el apuntar un hecho de que se hizo mérito en la discusion.

Ayer mismo votó el Congreso la admision de un diputado que al tiempo de su eleccion era alcalde de Jaen, es decir, que se encontraba exactamente en el mismo caso que el señor Sanchez.

¿Por qué el alcalde de Jaen fué proclamado diputado y poco después se negó por algunos la admision como tal del Sr. Sanchez? ¿Por qué en

el primer caso nada tuvieron que oponer ni el Sr. Romero Robledo ni el Sr. Cuesta, individuos de la comision y de la mayoría, y en el segundo combatieron el dictamen de aquella? ¿No habia en ámbos casos las mismas razones para declarar admisibles ó no admisibles a los alcaldes de Jaen y Tudela?

Pues el hecho es que el primero fué admitido y el segundo no. El primero era candidato ministerial y el segundo de oposicion. La razon del diferente modo de proceder en uno y otro caso los Sres. Romero Robledo y Cuesta, lo ignoramos.

Aparte de este elocuentísimo precedente que por justicia y por equidad debió servir de norma al Congreso para fallar respecto a la eleccion del Sr. Sanchez, hay otro si cabé más luminoso que adujo el Sr. Lasala, quien a pesar de sus ideas ultra-liberales, que le inclinarían sin duda a la no admision de un diputado católico, se manifestó en este punto imparcial y justo.

Un caso idéntico al de hoy se trató ocurrid el año pasado con un señor diputado, que al tiempo de su eleccion era diputado provincial. Este cargo producía incompatibilidad, pero puesta a discusion el acta, el Congreso echó de ver que iba a cometerse una verdadera injusticia, faltándole a una de las máximas fundamentales de derecho, si no admitía al interesado, puesto que si era cierto que al tiempo de su eleccion era diputado provincial, también lo era antes de la promulgacion de la ley, y esto no podía tener efecto retroactivo.

El Congreso aceptó y sancionó esta doctrina, acordó la admision del que había sido diputado provincial y dictó una ley para lo sucesivo. ¿No es este el mismo, idéntico caso en que se encuentra el Sr. Sanchez?

Pues sin embargo, ni las razones, ni los precedentes aducidos, convencieron a los señores Cuesta y Romero Robledo; y el Sr. Lasala, que como hemos dicho se había mostrado imparcial, tuvo la debilidad de acceder a los deseos de aquellos señores, y retirar el dictamen que había presentado a nombre de la comision, quedando la cuestion en pie para resolverse otro día.

Por último, ademias de la justicia que asiste al Sr. Sanchez según la ley y según los precedentes citados, conviene que sepan nuestros lectores, para que conozcan íntegramente la cuestion, que el Sr. Sanchez Asso hizo diasion del cargo de alcalde antes de las elecciones, pero no le fué admitida. Es decir que prescindiendo de todo, queda al arbitrio del ministro de la Gobernacion el que un alcalde sea ó no diputado.

Ayer se reunió el Senado para oír la lectura de una comunicacion del capitán general de este distrito, solicitando la autorizacion competente para procesar al general Prim.

Leída aquella, las secciones nombraron la comision que ha de informar en este asunto.

El Sr. D. Francisco Navarro Villoslada, que no pudo por el mal estado de su salud jurar el cargo de diputado el día en que el Congreso quedó constituido, siguió enfermo, si bien su indisposicion no ofrece, a Dios gracias, gravedad.

Anteayer, a los dos y media de la tarde, fué recibido en audiencia particular por S. M. la Reina, el excelentísimo señor conde de Merode, marqués de Westerlo, Príncipe de Grimberghe y de Rubempré, individuo de la Cámara de representantes de Bélgica, encargado en mision extraordinaria de S. M. el Rey Leopoldo II de las belgas para notificar el fallecimiento de S. M. el Rey Leopoldo I y el advenimiento de su sucesor al Trono.

El Excmo. señor primer introductor de embajadores se había trasladado de antemano al domicilio del conde, desde el cual fueron conducidos ámbos a Pa-

lacio en un coche de gala de la Real casa. Seguian en otro el enviado belga los agregados diplomáticos señores conde Adolfo de Ribaucourt y baron Pablo Misson.

Prévio el debido ceremonial y anunciado en la forma acostumbrada, el enviado belga entró en la Real Cámara, donde se hallaba S. M. acompañada del excelentísimo señor presidente del Consejo de ministros y de los altos funcionarios de la Real servidumbre.

Después de entregadas las cartas de que era portador el conde, y pronunciados por este y S. M. la Reina los discursos de costumbre, el conde pasó con el primer introductor de embajadores y los agregados diplomáticos a ofrecer a S. M. el Rey el homenaje de su respeto.

Entre tanto fué anunciado a S. M. la Reina por el señor segundo introductor de embajadores el Excelentísimo señor conde Augusto Van der Straten Ponthoz, que tuvo la honra de entregar la carta de S. M. el Rey Leopoldo II que le confirma en calidad de su enviado extraordinario y ministro plenipotenciario en esta corte, después de lo cual pasó también a ofrecer a S. M. el Rey el testimonio de su respeto, presentando a SS. MM. al secretario de la legacion Mr. George Lamoral-Forguey y al agregado diplomático Mr. Leon Vanderbosche.

El nuevo Rey de Bélgica y su augusta esposa han accedido a los deseos manifestados por S. M. la Reina de que tuviesen en la pila bautismal al vástago que la Providencia se digno concederle.

Ayer tarde visitó S. M. la Reina, acompañada de su augusta esposa, el santuario de Nuestra Señora de Loreto, siguiendo la costumbre de las nuevas visitas que hace estos días a otras tantas iglesias. Un piquete de guardias civiles y un zaguete de alabarderos se hallaban de antemano formados a las puertas del templo. SS. MM. a la entrada de la iglesia de Loreto fueron acogidos con indecible satisfacion por la numerosa concurrencia que se hallaba en los alrededores del santuario.

Diego de Santander que el señor D. José María Cagigal, protonotario apostólico, teniente Vicario general, castrense y magistral de aquella Santa iglesia Catedral, ha fallecido en la noche del día 7, víctima de la enfermedad reinante.

A pesar de sentirse ya muy indispuerto el día de los Santos Reyes, al predicar el sermón que le correspondía, celoso en el cumplimiento de su deber no quiso eximirse del cumplimiento contratado; tal vez por esta circunstancia se recrudeció la enfermedad que padecía y que en poco tiempo se lo llevó al sepulcro.

El día 2 del actual tomaron el velo en el monasterio de religiosas Bernardas de Aranda, dos jóvenes hijas de unos labradores de Quintana del Padio y Cilleruelo. Asistieron al acto todas las personas bien acomodadas del pueblo.

Demos gracias al Señor por los consoladores ejemplos de piedad, de amor y de adhesion a la Iglesia que, en medio de tantos alarides de irreligion, nos ofrece para fortalecer a los tibios y regocijar a los buenos.

Por el ministerio de Fomento, direccion general de Agricultura, Industria y Comercio y comision general española para la exposicion universal de París, se han dirigido muchas invitaciones para que los diversos ramos de la administracion preparen los objetos dignos de ser enviados, y se ha encargado muy particularmente a las comisiones provinciales que presiden los señores gobernadores, que para el 15 del presente mes de Enero remitan a la direccion de Agricultura una relacion de los establecimientos y particulares que se proponen tomar parte en aquel gran concurso, expresando la clase de objetos y el sitio que puedan necesitar sobre el pavimento ó las paredes del palacio.

Creemos presentar un servicio a nuestros artistas, industriales, labradores y ganaderos, llamándoles la atencion sobre lo urgente que es que presenten estos datos en las respectivas comisiones provinciales, pues en virtud de ellas ha de formarse inmediatamente el catálogo de expositores y de productos de que habla el artículo 9 del reglamento general y el plan de colocacion que se exige para antes del 31 del corriente. Enero. Los expositores deben tambien hacer mérito de las medallas ó premios que hayan obtenido en otros concursos, si gustan que consten así en el catálogo oficial.

El día 5 fué robada la iglesia parroquial de los Santos Juanes en Valencia. Los ladrones se introdujeron por el tejado, agitando dos bóvedas, y se descolgaron a la iglesia, robando alguna cantidad que se hallaba depositada en el archivo. Anteayer mañana, cuando se notó el robo, se dió cuenta a la autoridad, que sin duda habrá comenzado a practicar diligencias para dar con los criminales. En la iglesia se encontraron una barrena de grandes dimensiones y una sierra pequeña. Es tanto más de extrañar este robo, cuanto que la iglesia de los Santos Juanes se halla completamente aislada, y que a los

pocos pasos se encuentra el cuerpo de guardia del Príncipe.

Se ha ejecutado un robo en la iglesia de Barraman, partido de Arévalo, no habiéndose logrado aun descubrir a los autores del atentado.

¿Podrá negarse aun que son ineficaces nuestras leyes para impedir los robos sacrilegos?

Los diarios extranjeros se sublevan contra el mercantilismo de la Patti, que parece conocer aun mejor los secretos del comercio que los del arte lírico. Ya no sólo se hace pagar 5,000 francos por representación, sino que pide además un tanto por ciento sobre la entrada.

¿E aquí lo que leemos en un diario parisiense con este motivo:

«Esta explotación es escandalosa. Los más célebres artistas no han ganado nunca en un año lo que la Patti recolecta en un mes.»

Y si siquiera fuera un talento completo; pero lejos de esto, no es más que un artista, que destituye con habilidad los pensamientos de los maestros.

Un día que tenía el honor de cantar delante de Rcsini, el maestro le dirigió algunas observaciones.

La señorita Patti se sonrió con desden:

—Muy bien replicó Rcsini. Prosiga Vd.; gane usted mucho dinero. Cuando sea Vd. bastante rica, quizás deseará Vd. aprender a cantar; entonces venga usted a verme, y la daré lecciones.

En algunas cartas de América se dice que es tanta la escasez de número que se nota en los Estados del Sur, que hasta los periódicos, entre ellos el Richmond Enquirer, cobran suscripción en especie, recibiendo en pago trigo, manteca, huevos ó cualquier otra mercancía, y lo mismo sucede con los billetes de los caminos de hierro.

Se exportan anualmente de la Habana unos 270 millones de cigarros próximamente, pero no bastan para el consumo que se hace en Europa, y la abundancia que hay en el mercado se debe indudablemente a los cigarros que se hacen en Alemania, y que se expenden como habanos.

PARTE RELIGIOSA.

SANTO DE ROY. San Benito, abad y confesor.

SANTO DE MAÑANA. San Gumerindo, mártir.

CULTOS.

Se ganó el Jubileo de Cuarenta Horas en la iglesia parroquial de San Martín, donde por la mañana habrá Misa cantada con sermón, que predicará D. Mariano Gaspar, y por la tarde en los ejercicios del setenario de Nuestra Señora del Destierro predicará D. Pedro Palomeque, y como último día de Jubileo, se ha a procecion del Santísimo Sacramento antes de reservar.

Continúa celebrándose la novena del glorioso San Sebastian en su iglesia titular, y predicará en los ejercicios de la tarde D. Modesto Rodríguez.

En la iglesia de Monserrat se hará por la tarde la duodena mensual a San José, y dirá el sermón don Marcos Jordán.

Por la noche predicará en San Ignacio D. Antonio Villaseca.

En las iglesias de costumbre se cantará la letanía, y Salve a Nuestra Señora en los términos que los sábados anteriores.

VISITA DE LA CORTE DE MARÍA. Nuestra Señora de los Peligros en Santo Tomás, ó la de la Salud en Santiago.

Se reza de la octava de la Epifanía, con rito doble y color blanco.

PARTE OFICIAL DE LA GACETA.

PRESIDENCIA DEL CONSEJO DE MINISTROS.

S. M. la Reina nuestra Señora (Q. D. G.) y su augusta Real familia continúan en esta corte sin novedad en su importante salud.

MINISTERIO DE FOMENTO.

Real orden.

Instruccion pública.—Universidades.—Almo. señor: En vista de varias instancias de alumnos de la facultad de Derecho, en que pretenden se les permita simultanea una asignatura de las que componen el año preparatorio que les falta probar con las correspondientes al período de licenciatura; y teniendo en cuenta lo que en pretensiones análogas se ha resuelto, de acuerdo con el dictamen del Real consejo de Instruccion pública, por Real orden de 9 de Diciembre

que el segundo regimiento de húsares de la guardia se situó en el Mercado, bajo las troneras del fuerte del Carmen. Pero mientras que el primer regimiento de granaderos estaba de reserva en los Granillos, un batallón del segundo, dos de cazadores, uno de marina, una batería rodada, el primer regimiento de húsares y un batallón de zapadores compusieron un círculo, parte formando en masa cerrada al rededor del palacio, parte dispuestos en escalones defendiendo la batería, y parte en retaguardia, de reserva, por el lado de Santa Lucía, con gran fuerza en todas las entradas y puertas interiores del palacio Real, a fin de resistir cualquiera sorpresa y defender los apaches.

En medio de estos movimientos, y ante el aspecto de la tropa establecida en sus puestos, continuaron los conspiradores levantando nuevas barricadas, reforzando las construidas y concluyendo a toda prisa las que se hallaban empezadas; de suerte que Pedro Mijete, a vista del mismo palacio Real, a las barbas de los soldados, tuvo la osadía de continuar fortificando a Toledo y la grande empalizada de San Fernando, mientras rabiaban y se llenaban de indignacion los cuerpos del ejército, viéndose despreciados delante de todo el pueblo de Nápoles que había acudido a ver tales novedades. En esto parecieron trescientos sicilianos, recién desembarcados de un buque de vapor, y se derramaron por las calles y plazas como perros de caza, excitando al pueblo a la revuelta, haciendo mil moñas y des-

dadamos todos se sobrecojieron de un mortal espanto: los que por casualidad se habían agrupado en la plaza real a lo largo del castillo y de Monteoliveto, desaparecieron en un momento, corriendo a sus casas; y muchos fueros de sí se extravariaron, y andaban dispersos sin saber en dónde refugiarse, hallando cerradas y embarradas las puertas, y en todas partes patrullas, caballos a escape, y la artillería que corría a ocupar las bocas calles y las encrucijadas para barrer a metrallazos a los que se presentasen hostiles. En las casas donde faltaba el marido o el hijo, era imponderable la ansiedad de las esposas y de las madres. Todo era salir a las ventanas, dar voces de lejos, hacer señas con los pañuelos y preguntarse con afán unos a otros: ¿vecinos, ¿cómo le va a la familia?

Al mismo tiempo desembocaban en todas partes los furiosos corriendo a las barricadas, con picas, sables, espas y otros con falconetes, espingardas, fusiles llegados de Inglaterra y comprados secretamente por los conspiradores, que el día antes les entregaron a los facciosos. ¡A pesar de todo, muchos porían todavía en hacer creer que todo aquel tumulto fué obra de la traidora policia, con el fin de envolver a Nápoles en la guerra civil!

Al mismo tiempo en la plaza real, después de las dos primeras descargas de la guarnicion, el invicto general Carrasosa, viendo que era imposible contener el ímpetu de los soldados, púsose al frente del ataque, ordenó las tropas con los demas generales y

robo en todos los periódicos de Italia, donde ya es inexplicable cuánto padecieron las gentes tranquilas en aquel trance; pues las casas estaban llenas de ancianos débiles, enfermos, de muchachas tímidas y medrosas, de mujeres asustadizas, embarazadas ó enfermas: los rostros ceñidos y feroces de los conjurados, que trastornaban los muebles para poner reparos en las ventanas, que desclavaban las puertas y los postigos y hasta sacaban de debajo de los enfermos los cojones para resguardar detras de ellos al volver a cargar los fusiles, carabinas y pistolas, causaban tales sustos a los habitantes, que los sacaban de juicio. Cuántas mujeres se arrojaban a los pies de sus maridos, cuántas madres abrazaban a sus hijos crueles y en furiosos, cuántas hermanas se echaban al cuello de sus hermanos suplicándoles con grande instancia que no saliesen a combatir desde las ventanas, poniendo así en peligro a toda la familia! Otras cogiendo a los niños de pecho y a las niñas que lloraban, escondiéndose en las bodegas, en los sótanos y en las caballerizas. Otras corrian a los barrios más distantes; otras pedían por favor a los vecinos que vivían a la parte de atrás de Toledo que las acogiesen con toda su espantada familia. En una palabra, todas aquellas cosas eran un continuo gemir, un espanto y una desolacion semejante a una ciudad tomada por asalto y puesta a saco por los enemigos.

Pero cuando se oyeron los primeros tiros en las barricadas de Nardones y de San Fernando, los ciu-

precios a los soldados y vituperándoles de mil modos para promover un día de sangre.

Las cuatro interminables horas que mediaron desde las seis hasta las diez fueron invertidas en tratos y proyectos de pacificación, cuando en este tiempo el diputado Vicente Lanza, hizo correr la voz por Monteoliveto de que el Rey había cedido; que renunciaba a la Constitución de Enero, que juraría la nueva, que abriría el parlamento, que se quitarían las barricadas, y que la guarnicion debía volver a sus cuarteles.

En consecuencia, un capitán de plaza envió a todos los puestos la orden de que así los infantes como la caballería abandonasen sus posiciones; y volviesen a sus cuarteles. Pero el general Selvaggi, comandante de la Guardia Real, conoció el engaño, viendo que no se derribaban las barricadas; corrió a escape a todos los puestos, y obligó a las tropas a permanecer sobre las armas para cualquier eventualidad, y a no abandonar sus posiciones. Esta franca resolución fué la salvación de la patria, puesto que a las once y cuarto, mientras los batallones que guardaban el Palacio Real se hallaban descansando tranquilos reunidos en grupos y corrillos, conversando, apoyando el codo en el extremo de los fusiles, levántase detras de la primera barricada un grito de aplauso y un repentinó palmoteo, que hizo volver los ojos a todos, y vieron que dos centinelas de la Guardia nacional desde el recinto de la barricada, dispararon los fusiles sobre el batallón de

último respecto á los alumnos de la facultad de Medicina; la Reina (Q. D. G.) se ha dignado acceder á lo solicitado por los referidos alumnos, disponiendo que se les admita á la simultaneidad que piden, siempre que al verificarlo no se traspaese el número de las asignaturas que se pueden estudiar en un curso, con arreglo á los programas generales vigentes.

De Real orden lo digo á V. I. para su conocimiento y demás efectos. Dios guarde á V. I. muchos años. Madrid 8 de Enero de 1866.—Vega de Armijo.—Señor director general de Instrucción pública.

CORTES.

SENADO.

PRESIDENCIA DEL EXCMO. SEÑOR DUQUE DE LA TORRE.

Sesion celebrada el día 11 de Enero de 1866.

Abierta á las dos y cuarto, y leída el acta de la anterior, fué aprobada.

El Senado quedó enterado de una comunicación en que el señor presidente del Consejo de ministros, con fecha 5 del actual participaba que las incomodidades propias del estado en que se encuentra S. M. la Reina la impiden recibir el día de los Santos Reyes con la solemnidad acostumbrada á la diputación de su seno encargada de felicitarla con el expresado motivo.

Asimismo lo quedó de otra comunicación del expresado señor presidente del Consejo de ministros participando que S. M. la Reina había señalado la hora de la recepción de este Cuerpo colegislador, encargada de ofrecerle el testimonio de su adhesión y lealtad.

También lo quedó de otra comunicación del propio Sr. Presidente del Consejo trasladando, con fecha 8 del corriente mes, el ceremonial aprobado por S. M. la Reina para su próximo alumbramiento.

El Senado oyó con sentimiento una comunicación del Sr. D. Luis Pidal y Mon participando, con fecha 9 del presente mes, el fallecimiento de su señor padre D. Pedro José Pidal, marqués de Pidal.

El Senado quedó enterado de que los Sres. D. Ramon Castañeda, D. Juan de Villalaz, D. Francisco de Trespalacios, D. Fernando Rodríguez de Rivas, don Juan Chinchilla, D. José Ruiz de Apodaca, marqués del Maestrazgo, marqués de Mirabel, marqués de los Vélez y D. Evaristo de Castro y Rojo se escusaban de asistir á las sesiones, los tres primeros por tener que permanecer ausentes, y los últimos por hallarse enfermos.

También lo quedó de que los señores marqueses de Més, Arzobispo de Santo Domingo y D. Serafin Estébanes Calderon se adherían á la votación unánime del Senado acerca de la proposición del Sr. D. Fernando Corradi para que se nombrara una comisión que llevase á los pies del Trono el testimonio de su adhesión y lealtad.

Se anunció que los señores conde del Castillo del Tajo, D. Diego María Barneuve, D. Luis Cero y Alvarez, conde de Montorn, conde de la Rosa y don Francisco Escudero y Azara ingresaban respectivamente en las sesiones primera, segunda, tercera, cuarta, quinta y sexta.

El Senado quedó enterado de que la comisión de examen de calidades había elegido presidente al señor D. Domingo Ruiz de la Vega, y secretario al señor conde de Velarde.

Se recibieron con agrado, y se acordó que se distribuyeran á los señores senadores, 200 ejemplares de la colección de documentos diplomáticos referentes á los asuntos de Italia y de Chile, que remita el señor ministro de Estado.

Se recibieron igualmente con agrado, acordándose asimismo que se distribuyeran á los señores senadores, 250 ejemplares de los presupuestos detallados del año económico de 1865-66, remitidos por el señor ministro de Hacienda.

Se recibieron también con agrado, y se acordó que pasaran á la Biblioteca, tres ejemplares de la estadística minera de 1863; ejemplares que remita el señor director de Agricultura, Industria y Comercio.

El Senado quedó enterado de que la comisión encargada de presentar á los pies del Trono el testimonio de su lealtad y adhesión á S. M. la Reina se compuso de los siguientes:

Señores presidentes: D. Juan de Sevilla, D. Manuel Sanchez, secretarios: don D. Baena, D. Joaquín de Palma y Vives, D. Manuel Ortiz de Zúñiga, conde de Goyeneche, marqués de Villaseca, marqués de O'Gavan, D. José María Huot, D. Juan Chinchilla, marqués de los Vélez, marqués de Vallejo, D. Juan Bautista Trujillo y marqués de San Saturnino.

El Sr. PRESIDENTE: S. M. la Reina recibió con la benevolencia que acostumbra á la diputación de este alto Cuerpo, así como al gran número de señores senadores que tuvieron la bondad de acompañarla.

Dióse cuenta y el Senado quedó enterado de la siguiente comunicación:

«Ministerio de la Guerra.—Excmos. señores: El capitán general de Castilla la Nueva con fecha de hoy dice á este ministerio lo siguiente:

«Tengo el honor de dirigir á V. E. el adjunto suplicatorio para el Senado solicitando su autorización para procesar al Excmo. Sr. D. Juan Prim, marqués de los Castillejos, por el delito de sedición, acompañado del testimonio en que aparece los cargos que contra él resultan en la sumaria, mandada formar á consecuencia de la sedición de los regimientos de húsares de Calatrava y Bailén, por si se digna V. E. darle el curso correspondiente.»

Lo que traslado á V. E. por si el Senado se sirve conceder la autorización para procesar al teniente general D. Juan Prim, marqués de los Castillejos, siguiendo y fallando la causa el tribunal competente, con arreglo á las leyes y ordenanzas militares.

Dios guarde á V. E. muchos años. Madrid, 11 de Enero de 1866.—Leopoldo O'Donnell.—Señores senadores secretarios del Senado.

Suplicatorio que se cita en la comunicación anterior:

«Capitán general de Castilla la Nueva.—Estado Mayor.—Al Senado.—El capitán general de Castilla la Nueva acude al Senado exponiendo que el excelentísimo señor D. Juan Prim, marqués de los Castillejos, miembro del mismo alto Cuerpo, resulta, no sólo complicado, sino puesto á la cabeza de la sedición militar consumada en las villas de Ocaña y Aranjuez por la mayor parte de los regimientos de caballería de Bailén y Calatrava, constituyéndose en rebelión contra la ley fundamental del Estado, y en verdadero pie

de campaña. La justicia exige que tan grave crimen sea juzgado y punito con arreglo á las leyes, y sin perjuicio de lo que correspondiera si llegase á ser hallado *in fraganti*, con arreglo al art. 41 de la Constitución: como mientras llega dicho caso debe ser procesado en rebeldía, para ello exige el mismo artículo la previa resolución del Senado por hallarse admas el hecho comprendido en el art. 3.º de la ley de procedimientos del alto Cuerpo, siendo militar el senador, y estando delinquiendo en campaña.

En el certificado adjunto, expedido por el fiscal que conoce de la causa sobre la sedición, resultan los cargos que quedan expresados; y fundado en ellos.

Suplico al Senado se sirva conceder la autorización para procesar al teniente general D. Juan Prim, marqués de los Castillejos, siguiendo y fallando la causa el tribunal competente, con arreglo á las leyes y ordenanzas militares.

Madrid, 11 de Enero de 1866.—Isidoro de Hoyos.

El Sr. PRESIDENTE: La comunicación y suplicatorio que acaban de leerse pasarán á las secciones para el nombramiento de comisión.

Rogó á los señores senadores que después de concurrir á ellas con dicho objeto vuelvan al salón para que se dé cuenta del resultado.

Se suspende la sesión.

Erán las tres menos cuarto.

Abierta de nuevo á las tres y cuarenta minutos, se dió cuenta, y el Senado quedó enterado, de que las secciones en la reunión que acababa de verificarse habían elegido para la comisión que ha de informar acerca de la autorización para procesar al señor senador marqués de los Castillejos, á los Sres. D. Lorenzo Arrazola, D. Eusebio de Calonge, D. Joaquín Gutiérrez de Rubalcaba, D. Francisco Luxan, D. Juan de Sevilla, D. Vicente Vazquez Queipo y D. Eusebio Morales Puideban.

También lo quedó de que la comisión que antecede había elegido presidente al Sr. D. Lorenzo Arrazola, y secretario al Sr. D. Eusebio de Calonge.

El Sr. PRESIDENTE: No habiendo asuntos en que poder ocuparse el Senado, para la primera sesión se avisará por papeletas.

Se levanta la sesión.

Erán las cuatro menos cuarto.

CONGRESO.

PRESIDENCIA DEL SEÑOR RÍOS Y ROSAS.

Extracto oficial de la sesión celebrada el día 11 de Enero de 1866.

Abierta á las dos y media, se leyó el acta de la anterior y fué aprobada.

Se anunció que el Sr. Gasset y Mathew había renunciado el cargo de gobernador de Lérida y optaba por la diputación.

Se leyó la lista de los señores que han presentado ayer sus actas en secretaría.

Juraron y tomaron asiento los señores Gomez, Yañez, Valera, Esponera, Reinos, Sanjurjo y Neira Montenegro.

El Sr. CUESTA: Presento una petición de considerable número de vecinos y comerciantes de Cádiz pidiendo el desestanco de la sal.

El Sr. PRESIDENTE: Pasará á la comisión de peticiones.

ORDEN DEL DIA.

Acta.

Sin discusión fueron admitidos diputados los señores Arrieta, Mascaraña y Durán y Bas.

Leído el dictamen propuesto, la admisión de don Francisco Sanchez Asso, dijo:

El Sr. ROMERO ROBLEDÓ: Pido la palabra sobre esta acta. No me propongo impugnarla, sólo voy á rogar á la comisión que diga si conoce que el individuo de que se trata está notoriamente incapacitado para ser diputado por la provincia por donde viene elegido. Si así lo conoce, yo le suplico que retire su dictamen.

El Sr. LASALA: La comisión ha dado ese dictamen relativo á un alcalde que ha sido elegido por la provincia en uno de cuyos pueblos es alcalde, porque hay otro señor diputado elegido por la provincia de Jaén, siendo alcalde de uno de los pueblos de la misma. Sin debate ha sido admitido por el Congreso, y ha creído la comisión que podía aplicar al Sr. Sanchez Asso la regla que ha aplicado al diputado electo por Jaén, que era alcalde de Alcaudete. Creyendo que habiendo aprobado el Congreso aquella acta, había prejuzgado la cuestión, por eso presenté ese dictamen.

Esto es lo que la comisión tiene que exponer por ahora.

El Sr. ROMERO ROBLEDÓ: Desde luego resulta, por confesión de la comisión, que el Sr. Sanchez Asso ha sido alcalde de Navarra. En este caso no brotan jurisprudencias los casos que pasan inadvertidos. Yo, si hubiera sabido ese caso, me hubiera opuesto á él, como me opongo ahora á que se cometa la infracción de ley que aquí se propone.

Si la comisión insiste en su dictamen, yo reclamaré el apoyo de algunos amigos para pedir la votación nominal.

El Sr. SANCHEZ ASSO: La incapacidad naturalmente la supongo basada en el párrafo segundo del artículo 10 de la ley electoral, que siendo una copia del art. 1.º párrafo segundo de la ley de incompatibilidades parlamentarias, dice textualmente lo siguiente: «Los funcionarios de provincia ó de otras demarcaciones particulares, aunque sus nombramientos procedan de elección popular, que ejerzan autoridad, mando político ó militar, ó jurisdicción de cualquiera clase en los distritos sometidos en todo ó en parte á su autoridad, mando ó jurisdicción.»

De modo, señores, que la jurisdicción que ejerce un alcalde, que ejerce un pedáneo; que la jurisdicción de un hombre que no es elector, que no puede ejercer influencia sobre ningún elector, no puede venir al Congreso. ¿Ese hombre no puede venir al Congreso porque ejerce influencia sobre tres mil y tantos electores que tiene la provincia de Navarra, puesto que es alcalde de uno de los pueblos de la misma provincia? Ese hombre no puede venir aquí porque puede ejercer influencia sobre todos los electores de la provincia, dando un resultado contrario á la voluntad del cuerpo electoral. ¿Cuál es la influencia del alcalde, ya sea en el terreno administrativo, ya sea en el terreno gubernativo político? En el terreno gubernativo político es evidente que el alcalde depende del gobernador: el gobernador echa abajo y puede echar hasta las órdenes más insignificantes de un alcalde, y en este terreno es en el que está la influencia del alcalde, quien por serio está todos los días expuesto á la acción de los tribunales, pues á cada momento pue-

de estar obligado á responder ante ellos hasta de actos que no sean suyos. En el terreno administrativo el alcalde no hace más que ejecutar los acuerdos del ayuntamiento; y no siendo más que mero ejecutor, absolutamente nada puede hacer en favor del elector, porque en seguida el ayuntamiento le exige la responsabilidad.

Naturalmente en los pueblos donde no hay presión de las autoridades superiores las elecciones de ayuntamiento deben llevar un caso marcado. Este caso es que las personas conocidas por su independencia, por su posición ó por otra circunstancia notable, vienen á ser nombrados individuos del ayuntamiento; y siendo nombrados los individuos del ayuntamiento, y remitida al Gobierno la lista de los 14, 15 ó 18 nombrados, se hace la designación de alcalde en la persona que reúne mejores condiciones, y por premio de todo esto, una vez nombrado, se le dice: Vd. no puede ser diputado; Vd. no puede venir aquí á gestionar por los intereses de su provincia. Esto creo que conduce al absurdo, y las leyes siempre se hacen para cosas razonables. Es un principio de derecho que en la ley no se debe suponer una cosa fuera de razón.

En el terreno del derecho constituido nos encontramos con que la base de la incompatibilidad nace de la ley de incompatibilidades parlamentarias. ¿Y qué sucedió en la interpretación de esta ley? Que vino al Congreso su aplicación, y ocho diputados provinciales se sentaron en estos bancos, uno de ellos el Sr. Gavín, diputado provincial por Jaén. Y con este precedente, ¿se quiere aplicar esa incompatibilidad á una clase más ínfima, cual es el alcalde, cuando no ha valido para las superiores?

Además, en la sección donde yo soy alcalde he tenido 270 votos, y suprimidome estos votos me quedan 1,000 sobre el que más de los candidatos contrarios haya obtenido. Pues lo natural era decir: ségréguese los votos obtenidos en donde ha podido ejercer influencia. ¿Y tengo yo votos de los electores en quienes he podido ejercer influencia, ó tengo votos de los electores de mi provincia? Yo invoco la imparcialidad de los señores diputados; no les pido que juzguen con arreglo á estricta justicia como los tribunales, aun cuando así todavía tendría razón. Pero sus señorías son un jurado, y yo les hablo á su conciencia para que digan si creen que pueden echarme de aquí.

En la ley de Setiembre de 1863, ley que establece el gobierno de las provincias, se dice que no puede ser diputado provincial el alcalde; y á pesar de que se establece esto, viene en seguida el art. 25, y ¿qué dice? «Los individuos de ayuntamiento podrán optar, si por la diputación ó por la alcaldía.» Dígasele al menos una cosa análoga; así yo lo aceptaría, pero no lo contrario.

Vayamos más adelante, todavía hay más. Viene la ley de incompatibilidades; y en virtud de pasar los diputados provinciales que pasaron, se consigna en la ley electoral que los diputados provinciales no puedan ser elegidos diputados á Cortes. Pero ¿se ha dicho algo de los individuos de ayuntamiento? No. Pues cuando se trata de leyes de esta clase, lo que no se dice es claro que no se prohíbe es un principio de derecho.

No necesito decir más á los señores diputados: sus señorías pueden votar con seguridad de que á mí no me ofenden. He tenido un singular placer en no haber tenido que citar nombres propios en mi improvisación, cosa que hubiera sentido en extremo, y creo que he defendido como podía hacerlo, mi derecho á sentarme aquí; pero si S. S. creen que no debo estar, me conformaré con su resolución.

El Sr. ROMERO ROBLEDÓ: He dicho que no quería discutir; que me limitaba á recordar el hecho de la ley. Las razones del Sr. Sanchez Asso habrían sido muy buenas al discutirse la ley; pero una vez sancionada esta, no pueden tener lugar.

Parece indicir S. S. que, no estando en la ley expresa y nominalmente nombrados los alcaldes, puede interpretarse en su favor. Yo ruego á la mesa se sirva leer el artículo correspondiente de la ley.

El Sr. CLAROS: Necesito hoy una indulgencia particular de los señores diputados; porque como habrán oído, casi no puedo hablar; pero sin embargo, deberes de gran importancia que no puedo menos de reconocer, me obligan á tomar la palabra para exponer las razones que existen en favor de la admisión de mi digno amigo el Sr. Sanchez Asso.

No molestéis mucho al Congreso; cuando hay un argumento sólido, me parece que es inútil explicarlos; y la verdad es que aquí hay un argumento sólido. Este argumento son los precedentes; ayer, y aun hoy mismo, se acaba de votar un antecedente enteramente igual al de mi digno amigo el Sr. Sanchez Asso. Y hay además una circunstancia particular que siento tener que hacerla notar, porque es ajena de mi carácter. Esa circunstancia es que el Sr. Romero Robledo, que ha tomado la palabra en contra, dijo tan manifiestamente (y en caso necesario apelo á las notas de los señores taquígrafos): pido la palabra contra cualquiera de los que se hallen en ese caso.

En seguida el señor secretario anunció al Sr. Murúa, y al Sr. Romero y Robledo calló. (Varios señores diputados: No, no.)

Pues entonces, dispense S. S. una equivocación, que consiste en no haber entendido bien los nombres. Pero, últimamente, tenemos un precedente establecido respecto de un alcalde de la provincia de Jaén. ¿Por qué entonces no se hizo objeción? El Congreso conocerá que las cuestiones de actas han sido en todos los Congresos, y principalmente en este, cuestiones resueltas por ciertos principios de equidad, no atendiendo estrictamente á la letra de la ley. No diré que esto sea bueno ó malo; cito el hecho y nada más. Hace dos años, en una discusión análoga á la que nos ocupa, he manifestado mi manera de ver sobre estas cuestiones. Yo creo que los Congresos no deberían ser jueces, no deben serlo; pero, últimamente, puesto que se erigen en jueces, deberían someterse á las condiciones de la ley. Mas si hecho es que venimos observando hace años que el Congreso, por lo mismo que es un Cuerpo legislativo, se cree autorizado para hacer todo género de interpretaciones, y, preciso es decirlo, para sobreponerse á las leyes que él mismo hace. De esto hay milares de precedentes que no quiero citar.

El hecho es que existe una legislación formada por los precedentes, y estos precedentes no se pueden desatender, porque es un principio de verdadera justicia proceder siempre con equidad. Por consiguiente, en el momento que se encuentra una legislación formada por los precedentes, deber ser atendida, aunque para ello deba callar la letra de la ley.

Por otra parte, señores, el principio de los precedentes es un principio de derecho reconocido, no sólo en España, sino en todo el mundo. No hay sistema ninguno que no haya consignado los precedentes y la derogación de las leyes por esos mismos precedentes. Hasta qué punto son necesarios estos precedentes, de qué manera, con qué condiciones y cuándo para dar ese resultado, eso sería muy largo entrar en ello. Pero aplicando esta doctrina á la política del Congreso, el principio de los precedentes es grande, fecundo, y es mucho más fuerte cuando se trata de nosotros, que tenemos una amplia facultad reconocida por la fudde de nuestro representante.

Ahora bien: yo invoco los precedentes: ¿no se ha admitido ya á un alcalde? Pues admitase ahora á otro. De no hacerlo así resultaría una cosa muy notable, que daría una mala idea de nuestra equidad. Tenemos aquí, señores, que á un alcalde que siendo partidario del Gobierno se le aceptó la dimisión que presentó, y al Sr. Asso, que también hizo dimisión de su cargo de alcalde, no se le quiso admitir. Es decir, que á la faz de todo el mundo se dirá que á los alcaldes ministeriales se les admite, y á los de oposición se les cierra la entrada. Yo dejo á la consideración del Congreso el mal efecto que esto produciría.

Algun señor diputado ha pedido la fecha en que el señor Asso presentó su dimisión; puedo citarla, en lo cual tenemos mucha satisfacción mi amigo el Sr. Sanchez Asso y yo. Diré, pues, á ese señor diputado que la fecha en que fué presentada la renuncia fué la de 27 de Noviembre.

Si digo amigo el Sr. Sanchez Asso tomó todas las precauciones que á un hombre de decoro corresponden. Renunció el cargo, y no habiéndosele admitido la renuncia dejó la presidencia de la mesa al teniente alcalde; hizo, señores, todo lo que un hombre de decoro debe hacer.

Ruego, pues, al Congreso que medite, además de todas estas razones, el más alto efecto que hará un acuerdo como el que se ha propuesto en las actuales circunstancias. Que no se olvide el retraimiento casi universal de todos los partidos, y si á los que sobreponiéndose á ese retraimiento vienen a mí á hacer una oposición legal, constitucional, se les cierra la puerta, ¿habrá nadie que no crea que lo que se quiere es que no se venga aquí á manifestar una opinión distinta de la que el Gobierno ó la mayoría que le apoya sustentan? Dejo á la prudencia del Congreso, á ese sentimiento que no pueden menos de abrigar todos los señores diputados, de decoro, de lealtad, de discreción, que muden todo lo que podría decirse en este caso y que yo me calló.

Todo el mundo conoce cuáles son mis principios y mi conducta siempre en ciertas cuestiones de orden, y comprenderán fácilmente que nada he de decir que pueda en estos momentos exaltar las pasiones populares. Me calló, y espero que la prudencia del Congreso tendrá en cuenta esta observación. Ruego á los señores diputados que pongan la mano en su corazón, y con ese principio de equidad que á todos domina, que resuelvan la cuestión que se debate de conformidad con el dictamen de la comisión.

El Sr. ROMERO ROBLEDÓ: Yo diré al Sr. Claros que el primer individuo que se ha levantado á reclamar la estricta legalidad es un individuo de la mayoría, no obstante que á ella pertenecen los Sres. Murúa y Barbal, alcaldes elegidos. Al mismo tiempo el primer individuo que ha venido á proponer que el Congreso se sobreponga á las leyes ha sido un diputado de oposición.

El Sr. CUESTA: Las razones del Sr. Claros serían muy buenas al discutirse una ley; pero hoy no estamos discutiendo la ley; estamos aplicándola.

S. S. invoca precedentes. Yo no conozco ninguno, porque los precedentes se establecen cuando se provoca una cuestión; se discute y se resuelve sobre ella; y nada de esto ha habido aquí.

La cuestión, pues, es esta: el alcalde de un pueblo de un distrito electoral, ¿puede recibir los votos de todo el distrito? Dice el Sr. Sanchez Asso: que se me descuenten los votos de mi pueblo; pero no del resto de la provincia. Yo diré al Sr. Sanchez Asso: en un distrito en que hay tres ó cuatro alcaldes de influencia pueden estos ponerse de acuerdo y darse mutuamente los votos. Por otra parte, la disposición de la ley que rige es diferente de la que tenía el proyecto del Gobierno. El proyecto decía: «Los diputados provinciales ó forales y los alcaldes respecto de los pueblos de su jurisdicción.» Es decir, que el Gobierno no limitaba la incapacidad de los alcaldes sino á su jurisdicción; pero esa disposición del Gobierno fué modificada, y se restableció la de la ley electoral antigua, que incapacitaba á los alcaldes para ser diputados por el distrito á que su pueblo pertenecía. Esta disposición de la ley, sea buena ó mala, es la que hay que aplicar en el caso actual.

El Sr. SANCHEZ ASSO: Señores diputados: yo que creía no haber tenido más que una ocasión de dirigir la palabra al Congreso, me veo obligado á hacerlo por segunda vez; y lo hago con tanto más gusto cuanto que es para manifestar mis sentimientos de gratitud á los señores Cuesta y Romero y Robledo por la inmerecida benevolencia con que se han ocupado de mi persona, y que es tanto más de agradecer, cuanto que ni aun de vista creí poder el honor de conocer á esos señores.

El Sr. CUESTA, en la impugnación que ha hecho al dictamen de la comisión, dice que tomando la ley en su estado actual, ni en su letra ni en su espíritu puede haber la compatibilidad de los alcaldes como yo la he sostenido. Pues precisamente atendiendo á las disposiciones de la ley actual, yo creo que tengo el derecho como alcalde de sentarme aquí como diputado.

Señores, las disposiciones que se escriben en la ley constan de letras; pero una vez que estas letras están manifestadas para determinado pensamiento, se encuentran veinte ó treinta pensamientos que se han de aplicar con el espíritu y letra de la ley, y que necesitan que el hombre venga por medio de la interpretación, vea si en el espíritu y letra de la ley se pueden aplicar ó no á cada caso. Pues esto es precisamente lo que aquí se muestra: el argumento que su señoría ha presentado es el siguiente: en un distrito que tiene cuatro cabezas de sección, hay cuatro alcaldes influyentes y de posición para arrastrar á los electores; se ponen de acuerdo, y ellos logran salir diputados por el distrito; el argumento podía muy bien aplicarse al caso de dos señores diputados gobernadores de provincia, de quien yo he oído decir que se pusieron de acuerdo para apoyarse recíprocamente en sus provincias; yo no los conozco; he oído decir esto en el salón de conferencias, y no sé si es ó no verdad. Pero ocupándonos ahora de la provincia de Navarra, está demostrado hasta la evidencia que

las tres dignísimas personas que me han acompañado en la candidatura no han podido tener ninguno esa influencia que se quiere poner como obstáculo para mi compatibilidad con el cargo de diputado. El señor Claros es un propietario extraño al país; el Sr. Navarro Villoslada, aunque navarro, tiene su residencia en Madrid; el Sr. Necochea sabido es de todo el mundo que vive en Madrid constantemente; yo soy el único que vive en Navarra; yo soy el único allí nacido; yo soy el único que es allí alcalde, que no he podido zafarme de ser alcalde.

De modo que sin ser hombre político, sin querer serlo y contra mi voluntad, tendré que pedir otra veintid y marcharme de mi país porque no quiero sufrir más incomodidades y disgustos en cuestiones de alcaldías. No quiero por un descuido de aquellos que no se pueden prever ir á presidir, y sobre todo no poder venir aquí cuando mis conciudadanos tengan la bondad de elegirme diputado.

El Sr. LASALA: Voy á contestar brevemente á las observaciones que ha presentado el Sr. Cuesta. La principal razón que ha tenido la comisión para presentar el dictamen que ahora discute el Congreso, ha sido la cuestión de si esta ley tiene ó no efecto retroactivo. Ya habia prevenido el juicio de la comisión, ó mejor dicho, su sentimiento, una consideración muy importante. Había pasado desapercibida esta acta; podía no formar jurisprudencia la admisión en el Congreso de un diputado elegido por su provincia, siendo alcalde la misma y perteneciendo á la mayoría, y la delicadeza exigía ó prevenía un tanto, cuando no el juicio, el sentimiento de que presentado el caso de un diputado de la oposición, el fallo del Congreso sobre el caso anterior hiciera cierta prueba. Por eso pues nosotros nos prevenimos en nuestro sentimiento en favor del Sr. Asso, diputado de la oposición, porque no sabíamos lo que el Congreso, la verdad es que habia sentido ya aquí un alcalde elegido por su provincia y que no pertenecía á la mayoría. La cuestión que aquí hay que debatir es la de si esta ley tiene ó no efecto retroactivo.

Los alcaldes que lo eran el día que la ley se publicó, ¿están ó no incapacitados para ser diputados á Cortes? Respecto de los alcaldes que se nombren dentro de seis meses, no hay duda ninguna. Ningún individuo de la comisión ni ningún individuo del Congreso tiene duda respecto de los alcaldes futuros; pero la cuestión es respecto de los que lo eran al tiempo de publicarse la ley. ¿Tiene efecto retroactivo alguna ley? La ley, para que tenga efecto retroactivo, es menester que ella misma por un grandísimo interés público exprese que tendrá ese efecto retroactivo; es menester que comprenda entonces todos los casos; pero nunca puede tenerlo en lo que es óluso, no habiéndolo prevenido de antemano.

El año último, ¿qué pasó, señores? El año último se trató de esta cuestión con motivo de los diputados provinciales elegidos diputados á Cortes. Entonces por la ley de gobierno de las provincias el cargo de diputado provincial era obligatorio. Entonces por la ley de incompatibilidades no podían entrar los diputados provinciales aquí. Surgió un conflicto; había verdadera antinomia. ¿Qué dijo el Congreso? Individuos de la comisión que hoy están en aquellos bancos, desde los cuales me escuchan, sentados entonces en el puesto, que tengo el honor de ocupar, defendían esta doctrina que estoy defendiendo y que aprobó el Congreso, doctrina que se formuló declarando que la ley respecto de los diputados provinciales que lo eran al tiempo de publicarse la ley de incompatibilidades, no tenía efecto retroactivo. Esto sostenía el Sr. Cardenal, y la opinión del Sr. Cardenal prevaleció como debía prevalecer, porque esta es la doctrina legal y no podía aplicarse otra; pues ni en el orden civil ni en el orden político hay ley ninguna que pueda tener efecto retroactivo en ningún caso; pero si lo tuviera en algún caso, sería habiéndolo declarado la misma ley.

Pues bien, señores; los diputados provinciales se encontraban por una parte incapacitados por la ley de incompatibilidades para entrar en el Congreso, y por otra su cargo había sido declarado obligatorio por la ley de gobierno de provincias. Como he dicho, prevaleció la doctrina de que los diputados provinciales que lo eran al publicarse la ley no podían dejar de entrar aquí, no había fuerza bastante para impedirles entrar en el Congreso, y mayoría y minoría unánimes hicieron una ley en virtud de la cual los diputados provinciales tuvieron un término dado para optar entre el cargo de diputado provincial y la representación á Cortes. Pues esta es el caso actual. Admitidos los alcaldes que lo son hoy según la opinión, aunque particular, de varias personas, nos encontramos en el mismo caso de los diputados provinciales; y habrá de darseles un término para optar entre la alcaldía y la diputación. Pero mientras tanto, ¿se les puede impedir que dejen de venir al Congreso? El Sr. Sanchez Asso quiere dejar de ser alcalde en su provincia, y no puede dejar de serlo, para presentarse candidato. Pues bien; lo que procede en este caso es admitir al señor Sanchez Asso, y declarar que los alcaldes actuales tienen un término para optar. Esto es lo que defendemos los individuos de la comisión.

Sin embargo, la discusión se va prolongando; son varios los señores que han pedido la palabra, y puede prolongarse todavía más; se han adjucado por el señor Claros las razones que hay que no extrememos demasiado en estos momentos en ciertas discusiones; y la comisión, por esta razón, aunque cree que el dictamen está fundado en derecho, sin prejuzgar cuestión alguna de hecho, ni de derecho, no tienen inconveniente en retirarla.

El Sr. SANCHEZ ASSO: Yo deseo que no haya conflicto; yo no voy á crear conflictos; pero cualquiera que sea la situación de ese señor diputado, por mi parte quisiera que el Congreso votara mi acta.

El Sr. PRESIDENTE: La comisión está en su derecho retirando el dictamen en cualquier estado en que se halle la discusión. (El Sr. Cardenal: Pido la palabra.) Perdone V. S.; hay un incidente pendiente que es necesario resolver.

La comisión tiene facultades, en cualquier estado que se halle la discusión para retirar el dictamen ó insistir en él.

El Sr. LASALA: La comisión retira el dictamen, como igualmente el referente al acta del distrito de San Sebastián, por el que ha sido elegido el señor Murúa.

El Sr. PRESIDENTE: Queda retirado.

Juraron y tomaron asiento los Sres. Flores y Florencia.

El Sr. PRESIDENTE: Orden del día para mañana: el dictamen que se ha leído.

Se levanta la sesión.—Erán las tres y media.

VARIETADES.

NUESTRA SEÑORA DE ATOCHA.

O LA

RECONQUISTA DE MADRID.

CRÓNICA DEL SIGLO OCTAVO.

(Continuación.)

Y continuó su camino como si nada hubiera pasado, dejando lleno de indignación al caballero, que con tanto su ira, discurriendo que en tal noche le convenía usar de prudencia.

Apénas se separó refunfuñando y dando traspiés mientras buscaba la casa de Martín, apareció otro embudo que en derecha se dirigió á la de Gracian, y se detuvo junto á una de sus rejas.

El primer embudo al reconocer el segundo se embutó más y más en el sombrío paraje que había escogido y al caerle un poco el embudo, la ira más reconcentrada estaba pintada en su rostro.

El que se había parado á la ventana aplicó el oído á la reja, probando oír lo que pasaba en la sala baja, y entonces como satisfecho de su investigación, hizo sonar dos palmadas buecas que el eco repitió por todos los ámbitos de la plaza.

Aun no habían transcurrido tres minutos cuando se oyó abrir la reja y una suave voz de mujer:

—¿Ruiz-Pérez?

—El mismo soy, Clara.

—Bien venido el galán caballero...

—Me esperabas no es cierto?

—Ya lo ves la prontitud con que he acudido te lo prueba.

—Y bien: he aquí que después de dos días nuevamente nos hablamos. ¿Te has acordado mucho de los que salían del pueblo para humillar á nuestros enemigos?

—De todos, Ruiz-Pérez, me he acordado, y por todos he pedido á la Virgen, pero en mis oraciones especialmente he rogado por dos seres, por mi querido padre... y por ti...

—Yo también, amada Clara, te he tenido grabada en mi memoria. Cuando frente á frente al enemigo, consideraba que mi brazo luchaba por nuestros hogares, me acordaba de ti y al prever la suerte que te aguardaría si fuésemos vencidos, mi corazón se exaltaba, y mi brazo adquiría una fuerza sobrenatural, y mi espada caía implacable sobre el contrario destruyendo cuanto á mi paso se oponía.

—Quiera el cielo que ese entusiasmo no te sea fatal alguna vez...

—No, Clara; porque mientras combato está un ángel intercediendo por mí al Señor.

—Un ángel...

—¿Y no lo eres tú, criatura toda virtud, toda bondad, toda pureza? El cielo no puede desoir jamás tu ruego, porque nunca ha cerrado sus oídos á los ángeles de la guarda, y tú eres el mío. Sin ti, ¿qué sería de mí en el mundo? Huérfano desde mis primeros años, sólo, sin un padre que me desfogó la desgracia, abandonado en la tierra, ¿qué hubiera sido de mi corazón si al entrar en la juventud no hubiese encontrado otro corazón en quien depositara mis dolores, y fuera mi compañero y mi guía?

—El que con tal exaltación hablaba á las once de la noche á la ventana de la casa de Gracian, llamado Ruiz-Pérez por Clara, sería un joven que aparentaba tener unos diez y siete años. Alto, de aspecto noble aunque sombrío, debido á las huellas que había impreso en su corazón la desgracia, desde antes de entrar en la juventud, tenía un no sé qué de simpático que cautivaba en su favor á cuantos le trataban. Era verdad que su corazón era el de un niño, la doblez no tenía cabida en él, y su alma elevada, superior en alto grado á las miserias y rundades que por desgracia señorean á las almas pequeñas, no ambicionaba sino el honor, y no abrigaba sino pensamientos que estuviesen en armonía con él. Sencillo, humilde como los pequenitos, pero altanero con los atrevidos y soberbios, modesto en sus palabras, dulce y jovial con sus amigos, y noble en sus acciones, era el tipo más acabado y perfecto de la caballería y de la hidalguía. Gracian que había tenido motivos para conocer á fondo al joven, pues lo había visto nacer y había seguido paso á paso todos los acontecimientos de su vida, comprendía lo que valía por sus sentimientos y bellas cualidades. No se le habían ocultado las relaciones que desde niños casi, habían mediado entre su hija Clara y él, y miraba con gusto la íntima unión que ligaba sus corazones, si bien procuraba no darse por apercebido de ello.

—Por eso todas las noches apénas eran las once llegaba un embudo á la ventana baja de su casa, y después de una señal convenida, se abría una reja, y la que aparecía una hermosa joven, sin que ninguno de la casa tuviese oídos para escuchar las palmadas de afuera, ni ojos para ver que Clara se separaba de sus padres y hermana y se ponía á departir con el joven Ruiz-Pérez.

—Pero dejando en paz á nuestros dos jóvenes para que hablen todo lo que gusten sin que vayamos á turbar su amada conversación, cosa que nos parecería altamente impolítica y sin duda desagradable á los interesados, volvamos al primer embudo á quien dejamos lleno de ira al ver que se acercaba Ruiz-Pérez á la casa de Gracian.

—Ya desesperado iba á tomar por una estrecha y oscura calleja, cuando sintió que por ella se acercaba, aunque con pasos lentos, un hombre, al cual se llegó y que conoció ser el de la cita por las siguientes palabras que le dirigía:

—¿Juan Garcés?

—¿Guzmán?

—El mismo soy, señor.

—¿Ira de Dios te estoy aguardando há más de una hora?

—Como ha de ser: los muchachos se han tardado algo; pero nada hemos perdido, pues estoy dividiendo desde aquí al mozo á quien vamos á meterle mano.

—¿Há más que quedo, que puede escucharnos? ¿Has puesto al cabo de lo que vais á hacer á esos hombres?

—Todo está prevenido según me encargasteis. El golpe será seguro y no hay miedo que escape.

—Ya sabes lo que te he dicho. Le acometéis al mismo tiempo y procuráis hacerlo de tal modo, que no haya lugar á la huida.

—Juro á Dios que nos portaremos como unos guapos que somos, pues no es la primera vez que nos vemos en estos lances.

—¿Dónde los has dejado?

—En esa calleja próxima.

—Pues no hay que perder tiempo. Anda por ellos, y al momento pónelos manos á la obra.

—Voy, pues, á decirles que se vayan acercando.

—Destreza y ánimo, que ya sabes el premio que os espera. Y se alejó de la plaza, murmurando estas palabras:

—¿Ruiz-Pérez, no sé qué destino fatal te pone en medio de mi camino, como también puso á tu padre Tu suerte así lo ha querido, quéjate, pues, á ella.

El embudo, que no era otro que Juan Garcés, como han visto nuestros lectores por las palabras de su cómplice, se retiró imaginando un nuevo proyecto nada bueno por cierto, y que ya tendríamos ocasión de conocer en el transcurso de esta historia.

Entretanto nuestros enamorados, bien ajenos de lo que se tramaba á pocos pasos de la ventana, se entregaban á dulces trasportes de alegría y se mecían en bellas ilusiones.

—Clara, tu padre me quiere como á un hijo y yo me negaré tu mano. Yo tengo para mis adentros, que no está ignorante de nuestros amores.

—¿De veras? ¿Y mi madre crees tú que aprobará nuestro enlace?

—¿Y por qué no? ¿Ella, una señora que tanto te idolatra, crees tú que no deseará tu bien en esta parte?

—¿Ay! Ruiz-Pérez, no sé qué presentimiento me anuncia que nuestra ilusiones han de desvanecerse; esta noche pasada no me ha sido posible reconciliar el sueño.

—Vamos, no seas niña; de veras esos temores que no tienen fundamento alguno.

Apénas pronunció estas palabras cuando Clara despidió un grito de espanto, y señaló á Ruiz-Pérez en dirección á la calle. Volvióse este repentinamente y al mismo tiempo se sintió acometido por cuatro hombres; al punto, saltando la capa, echó mano á la espada y comenzó una lucha á muerte, lucha en que debía perecer el joven, á pesar de su bravura y arrojo.

Los cuatro asesinos, que no creían encontrar tal resistencia en el acometido, redoblaron sus ataques con furia encarnizada, pero al acercarse uno de ellos para herirle, recibió una estocada mortal que le hizo caer al suelo sin dar un grito.

Ya no eran más que tres los que le acometían: sin embargo, cansado ya nuestro héroe, derramando sangre por varias heridas, se sentía desfallecer; y si al suelo no caía era quizás porque la misma desesperación y el auxilio que le prestaba la reja en la cual había apoyado sus espaldas, le daban nuevas fuerzas; pero estas iban debilitándose por momentos, y pronto iba á caer trasgado por los golpes que le dirigían los malvados, bien seguros de que al cabo desfallecería, y entonces tendrían ocasión de rebatirlo.

Clara, que había caído desmayada, volvió á recobrar en tanto sus sentidos, y al reconocer el estado de su amado, exclamó con acentos angustiosos y suplicantes: ¡Vigén María, salvadle!

El joven, al oírlo, pareció recibir nuevos bríos, y aprovechando el descuido de uno de los matones, le introdujo su espada por el pecho; cayó este cuan largo era; pero este supremo esfuerzo acabó de agotar su ánimo, y su espada rodó por el suelo quedando desarmado.

Los dos que habían quedado se arrojaron entonces, como lobos carnívoros que van á devorar su presa, sobre el desfallecido é indefenso Ruiz-Pérez; y no sabemos lo que hubiera sido de él si en el momento de ser acometido no hubieran aparecido tres hombres que, arrebatándole á los dos asesinos, los echaron á rodar por la plaza, dejándolos mal parados y obligándolos á huir aterrados de tan brusca acometida.

—¿Por las barbas de Judas, que el puñetazo que he dado á uno de esos pícaros no le habrá dejado con ganas de venir por otro exclamó uno de los valientes, que no era otro que el hombre de los traspiés, y que ahora habrán conocido nuestros lectores por sus demostraciones exteriores que era el hercúleo Pericote.

—¿Martín... exclamó Ruiz-Pérez dejándose caer en sus brazos. ¡Dios te premie tu buena acción!

Sin tu auxilio hubiera perecido en manos de esos malvados...

—¿Qué os estáis desgranando, aseguró el otro de los tres aparecidos, que era el paje de Gracian; pronto, Martín, á llevarle donde puedan curarse sus heridas.

—¿Voto á mil pares de demonios! ¿y yo que no había reparado que está herido corriendo á casa...

—¡Adios, Clara! murmuró con acento triste el doncel apoyándose en Martín y Pericote.

Pero Clara no podía escuchar á su amante, porque su respiración fue instantánea, cayendo nuevamente desmayada en el suelo.

Como se ha visto, el tenebroso é ideológico proyecto de Juan Garcés no pudo felizmente tener efecto; y en esta ocasión el salvador de Ruiz-Pérez no había sido otro que el rudo Pericote, que no siempre había de equivocarse en la distribución de sus puñetazos, como se podrá ver en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO IV.

De cómo Pericote, sin saber lo que se decía, descubrió á Martín la trama urdida contra su señor.

Para explicar á nuestros lectores la repentina aparición de Pericote, Martín y el paje, tenemos que volver atrás, y penetrar en casa del escudero, en el momento que llevaba en sus brazos á la mujer atropellada por el caballo de Juan Garcés.

Aun no había depositado su carga en una cama; á la que rodearon su mujer Alfonsa y su hija María, prodigándole sus auxilios, cuando se presentó en la habitación el lindo paje, que se precipitó en los brazos de su madre, que aun permanecía desmayada.

—¿Qué ha pasado? ¿qué ha sucedido?

—¿Qué ha pasado? ¿qué ha sucedido?

—¿Qué ha pasado? ¿qué ha sucedido?

—¿Qué ha pasado? ¿qué ha sucedido?

—¿Qué ha pasado? ¿qué ha sucedido?

—¿Qué ha pasado? ¿qué ha sucedido?

—¿Qué ha pasado? ¿qué ha sucedido?

—¿Qué ha pasado? ¿qué ha sucedido?

—¿Qué ha pasado? ¿qué ha sucedido?

—¿Qué ha pasado? ¿qué ha sucedido?

—¿Qué ha pasado? ¿qué ha sucedido?

—¿Qué ha pasado? ¿qué ha sucedido?

—¿Qué ha pasado? ¿qué ha sucedido?

—¿Qué ha pasado? ¿qué ha sucedido?

—¿Qué ha pasado? ¿qué ha sucedido?

—¿Qué ha pasado? ¿qué ha sucedido?

—¿Qué ha pasado? ¿qué ha sucedido?

—¿Qué ha pasado? ¿qué ha sucedido?

—¿Qué ha pasado? ¿qué ha sucedido?

—¿Qué ha pasado? ¿qué ha sucedido?

—¿Qué ha pasado? ¿qué ha sucedido?

—¿Qué ha pasado? ¿qué ha sucedido?

—¿Qué ha pasado? ¿qué ha sucedido?

—¿Qué ha pasado? ¿qué ha sucedido?

—¿Qué ha pasado? ¿qué ha sucedido?

—¿Qué ha pasado? ¿qué ha sucedido?

—¿Qué ha pasado? ¿qué ha sucedido?

—¿Qué ha pasado? ¿qué ha sucedido?

—¿Qué ha pasado? ¿qué ha sucedido?

—¿Qué ha pasado? ¿qué ha sucedido?

—¿Qué ha pasado? ¿qué ha sucedido?

—¿Qué ha pasado? ¿qué ha sucedido?

—¿Qué ha pasado? ¿qué ha sucedido?

—¿Qué ha pasado? ¿qué ha sucedido?

—¿Qué ha pasado? ¿qué ha sucedido?

—¿Qué ha pasado? ¿qué ha sucedido?

—¿Qué ha pasado? ¿qué ha sucedido?

—¿Qué ha pasado? ¿qué ha sucedido?

—¿Qué ha pasado? ¿qué ha sucedido?

—¿Qué ha pasado? ¿qué ha sucedido?

—¿Qué ha pasado? ¿qué ha sucedido?

—¿Qué ha pasado? ¿qué ha sucedido?

—¿Qué ha pasado? ¿qué ha sucedido?

—¿Qué ha pasado? ¿qué ha sucedido?

—¿Qué ha pasado? ¿qué ha sucedido?

—¿Qué ha pasado? ¿qué ha sucedido?

—¿Qué ha pasado? ¿qué ha sucedido?

—¿Qué ha pasado? ¿qué ha sucedido?

—¿Qué ha pasado? ¿qué ha sucedido?

—¿Qué ha pasado? ¿qué ha sucedido?

—¿Qué ha pasado? ¿qué ha sucedido?

—¿Qué ha pasado? ¿qué ha sucedido?

—¿Qué ha pasado? ¿qué ha sucedido?

—¿Qué ha pasado? ¿qué ha sucedido?

—¿Qué ha pasado? ¿qué ha sucedido?

—¿Qué ha pasado? ¿qué ha sucedido?

—¿Qué ha pasado? ¿qué ha sucedido?

—¿Qué ha pasado? ¿qué ha sucedido?

—¿Qué ha pasado? ¿qué ha sucedido?

—¿Qué ha pasado? ¿qué ha sucedido?

—¿Qué ha pasado? ¿qué ha sucedido?

—¿Qué ha pasado? ¿qué ha sucedido?

—¿Qué ha pasado? ¿qué ha sucedido?

—¿Qué ha pasado? ¿qué ha sucedido?

—¿Qué ha pasado? ¿qué ha sucedido?

—¿Qué ha pasado? ¿qué ha sucedido?

—¿Qué ha pasado? ¿qué ha sucedido?

—¿Qué ha pasado? ¿qué ha sucedido?

—¿Qué ha pasado? ¿qué ha sucedido?

—¿Qué ha pasado? ¿qué ha sucedido?

—¿Qué ha pasado? ¿qué ha sucedido?

—¿Qué ha pasado? ¿qué ha sucedido?

—¿Qué ha pasado? ¿qué ha sucedido?

—¿Qué ha pasado? ¿qué ha sucedido?

—¿Qué ha pasado? ¿qué ha sucedido?

—¿Qué ha pasado? ¿qué ha sucedido?

—¿Qué ha pasado? ¿qué ha sucedido?

—¿Qué ha pasado? ¿qué ha sucedido?

—¿Qué ha pasado? ¿qué ha sucedido?

—¿Qué ha pasado? ¿qué ha sucedido?

—¿Qué ha pasado? ¿qué ha sucedido?

—¿Qué ha pasado? ¿qué ha sucedido?

—¿Qué ha pasado? ¿qué ha sucedido?

—¿Qué ha pasado? ¿qué ha sucedido?

—¿Qué ha pasado? ¿qué ha sucedido?

—¿Qué ha pasado? ¿qué ha sucedido?

—¿Qué ha pasado? ¿qué ha sucedido?

—¿Qué ha pasado? ¿qué ha sucedido?

—¿Qué ha pasado? ¿qué ha sucedido?

—¿Qué ha pasado? ¿qué ha sucedido?

—¿Qué ha pasado? ¿qué ha sucedido?

—¿Qué ha pasado? ¿qué ha sucedido?

—¿Qué ha pasado? ¿qué ha sucedido?

—¿Qué ha pasado? ¿qué ha sucedido?

—¿Qué ha pasado? ¿qué ha sucedido?

—¿Qué ha pasado? ¿qué ha sucedido?

—¿Qué ha pasado? ¿qué ha sucedido?

—¿Qué ha pasado? ¿qué ha sucedido?

—¿Qué ha pasado? ¿qué ha sucedido?

—¿Qué ha pasado? ¿qué ha sucedido?

—¿Qué ha pasado? ¿qué ha sucedido?

—¿Qué ha pasado? ¿qué ha sucedido?

—¿Qué ha pasado? ¿qué ha sucedido?

—¿Qué ha pasado? ¿qué ha sucedido?

susto que otra cosa, pues sólo tenía una pierna algo lastimada, sin que fuese la lesión de importancia.

La buena Alfonsa preparó un cocimiento de yerbas que aplicó á la parte dolorida, y todos tuvieron la alegría de notar la mejoría de la enferma, que al volver en sí preguntó al momento por su hijo, el cual apareció á su lado radiante de gozo y de candor.

—Madre mía, aquí me tenéis.

—¿Ay, hijo de mi alma; con qué regocijo te miraba hoy cuando penetrabas en la plaza y yo fui quien tuve la culpa de ser atropellada, porque no tenía ojos sino para ver al hijo de mis entrañas!

—En cuanto á eso, madre, yo os aseguro que el malvado no ha de quedar sin castigo: ¿á quién se le ocurre manejar el caballo en una plaza apinada de gente lo mismo que si estuviera en un paseo, sino á un hombre sin alma y de entrañas de hiena?

—¡Tiemblo al oírte prorumpir en esas expresiones! Mira que Juan Garcés no perdona á quien le hace una injuria y que si luchas con él, tu perdición es segura.

—Eso lo veremos. ¿Crees que porque soy niño no tiene mi brazo fuerza suficiente para castigar á un malvado? Preguntadle á Martín lo que este niño ha hecho en la carrera y os convenceréis de que no en vano corre por mis venas sangre de un Jimeno.

—¡Vive el cielo, señora, que si le hubiérais visto ayer dando caza á esos enemigos de Dios... parecía ¡mentira que un niño tan delicado manejase con tales bríos la espada!... hubo un momento en que trabó la lucha con un endemoniado mozo, que tenía una cara ateza lá, en fin la mismísima efígie del que está á los pies de San Miguel... ¡y ni por esas!... de un mandoble lo dejó más chiquito que acabado de nacer. ¡Válame Dios!... sobre que todos, hasta el mismo Gracian, estaban admirados de las proezas del muchacho! Debeis estar muy satisfechos de tal hijo. Muchos como él, y entonces no quedaba un moro en toda España en menos de un año.

Y cogía la mano del paje y la apretaba entre las suyas contento como unas pascuas del resultado de la carrera y dándole el parabién por su invencible ánimo.

La madre derramaba lágrimas de alegría y miraba afectuosa y tiernamente al niño orgullosa de ser madre de tal hijo.

Otra persona era también testigo de esta escena, y de vez en cuando alzaba sus ojos para contemplar al paje.

Era la hija del escudero Martín.

Aquel por su parte dirigía también á ella su vista, no sabiendo qué admirar más, si la gracia infantil que bañaba su rostro ó la belleza que en ella se retrataba.

La niña á quien por vez primera había visto el paje al desfilarse la cabalgata, había dejado impresa en su corazón una huella que no se había borrado con el sentimiento de la desgracia acacida á su madre, y al penetrar en aquella sencilla mansión, no sabemos qué especie de alegría bañó su alma, pues iba á contemplar una de cerca quien era aquella niña.

El corazón del paje no se había aun abierto á otros sentimientos que á los que despierta el amor filial y el cariño á su querida patria. Pero al ver á María, parecía como que el niño dejaba de serlo. Su alma elevada y pura se dejó cautivar por sus gracias, y no parecía sino que el cielo había querido que sus dos corazones se comprendiesen y palpitasen el uno para el otro, porque ámbos poseían igualmente un tesoro riquísimo de pureza y de encanto, y hasta sus destinos parecían caminar juntos: niños los dos, y de una misma edad, huérfanos uno y otro, pues el paje no había conocido á su padre, y María, aunque reconocida por hija del escudero y Alfonsa, no les debía el ser, ámbos habían simpatizado desde la entrada en la plaza, y la desgracia ocurrida á la madre del niño, había hecho que se pusiesen en contacto aquellas dos almas tan idénticas.

Por eso también María al ver entrar al paje, se había ruborizado, pero al mismo tiempo, había sentido una alegría inexplicable dentro de su corazón, y había desplegado una tierna solicitud con la pobre mujer, solicitud que no pasó desapercibida á los ojos del paje.

Entretanto Martín y Alfonsa que nada habían notado entre los dos jóvenes, no hacían sino manifestar su alegría por la bienvenida, y amenizaban la conversación con sus rasgos generosos y rústicos el uno, con su sencillez y cariño la otra.

—Y no creas, mujer, prosiguió el escudero dirigiéndose á Alfonsa, que tu marido se hablaba mano sobre mano; también yo de buenos cintrazos, porque eso sí... los moros son gente que saben defenderse y pelear como tinos desesperados. Acometen como demonios salidos del infierno, dando desaforados gritos que son capaces de amedrentar al mismo miedo. ¡Pero, qué! ¡ni por esas! cada golpe que damos nosotros deja tendido á un hijo de Mahoma. Y si vieras en qué peligro me hallé á causa de un taimado moro...

No sé cómo sucedió que me vi acometido de dos de ellos... yo por eso no perdí ni sangre fría... me puse en guardia... ¡y zas!... á uno de ellos le dejé tendido... el otro, viéndose herido, comenzó con una algarabía, que allí quisiera yo haber visto al mismo Mahoma; que de seguro se queda en ayunas... por último comprendí por sus ademanes suplicantes que lo que quería era que le perdonase la vida; ya sabes que Gracian nos... á dicho que no demos cuartel á esa gente, porque nos expusimos á perdernos, pues no hay que creer en sus palabras. Yo que algunas veces me dejo llevar de mi buen natural, dije para mí: vea usted por donde este hombre, si le salvo la vida, podrá después entrar en el Cristianismo... Y le alargué la mano como accediendo á su ruego. Padille sus armas y me las entregó muy oítrito; pero apénas eché á andar, llevándolo á mi estribo, en busca de mis compañeros que estaban en lo más recio del combate, el muy desagradecido sacó un puñal que llevaba oculto en el pecho y me asestó una puñalada al corazón, que yo pude evitar haciendo dar un hte al caballo. Entonces mi furor no reconocí límites... seguí en su alcance, pues emprendí la fuga al ver que había erró el golpe... y de una lanzada le dejé de manera que no volviera jamás á acometerme.

—¿Bien... Martín! prorumpió el paje; pero guardate de ser compasivo en ciertos casos, que puede costarte caro. Con esos hombres no hay que usar de misericordia.

—¿Y tú, Sr. Ruiz-Pérez?... ¿qué tal se ha portado en la batalla? preguntaba Alfonsa.